



# LA EUCARISTÍA EN EL MONACATO PRIMITIVO<sup>1</sup>

*José Luis Olivares, OSB<sup>2</sup>*

## Introducción

Antes de comenzar, quisiera agradecer públicamente al P. Abad Enrique, en primer lugar por la organización de este EMLA, y también por haberme confiado esta conferencia con la que se abre este encuentro, y además, por haberme facilitado el trabajo, entregándome sus apuntes sobre esta temática, que me sirvió de base para la elaboración de estas páginas.

Sin duda, para el monacato de nuestros días, la celebración eucarística y de la recepción de la Comunión es un aspecto fundamental en nuestra existencia, culmen de nuestra vida litúrgica diaria. Siguiendo las enseñanzas del Concilio Vaticano II, empapados por la riqueza del movimiento litúrgico y de la enseñanza del magisterio pontificio de comienzos del siglo XX sobre la importancia de la Eucaristía diaria y la recepción frecuente de la Comunión, prácticamente ninguno de nuestros monasterios se plantea interrogantes sobre la insondable riqueza que la práctica eucarística actual nos proporciona.

Sin embargo, es necesario conocer la historia de la praxis eucarística del monacato primitivo, ya que el mismo Concilio Vaticano II nos invita a

---

1 Conferencia pronunciada en el XII° Encuentro Monástico Latinoamericano, San Antonio de Arredondo, Córdoba (Argentina), 30-09 al 06-10 de 2019.

2 Monje de la Abadía de la Sma. Trinidad. Las Condes, Santiago de Chile.

volver a las fuentes. Y al conocer estas fuentes primigenias, podremos hacer, con conocimiento y buen discernimiento, las opciones y las variaciones que sean necesarias para vivir mejor nuestra vida monástica.

Creo que debo hacer, en primer lugar, una aclaración, y es la del mismo título de esta conferencia, es decir, qué vamos a entender por Monacato Primitivo. Sin duda, en los diversos autores e historiadores contemporáneos hay una cierta unidad en cuanto a considerar el monacato primitivo como el monacato pre-benedictino. Pero al tratarse de interpretaciones sobre los hechos, la clasificación de los periodos siempre está sujeta a ciertas libertades. Esta libertad quisiera tomarme ahora para clasificar como Monacato Primitivo o Antiguo, en este tema concreto de la praxis eucarística, el monacato que se desarrolló hasta finales del siglo VI, es decir, hasta Gregorio Magno y la propagación del *Libro de los Diálogos* en Occidente.

Todos los autores e historiadores concuerdan en que, desde mitad del siglo VIII, el monacato occidental desarrolló una veta sacerdotal muy acentuada y una vivencia eucarística que se prolongó, con muy pocas variaciones, hasta la reforma del Concilio Vaticano II<sup>3</sup>. La Eucaristía diaria, en este tiempo posterior al siglo VIII, no significaba necesariamente, para las monjas o los hermanos conversos, la Comunión diaria, ya que como antes señalé, ésta se difundió en la Iglesia y en la vida monástica a partir de inicios del siglo XX.

Para llegar a esta unidad en la percepción y en la vivencia de la Eucaristía en Occidente fue necesario un tiempo intermedio, entre fines del siglo VI, es decir san Gregorio Magno y su *Libro de los Diálogos* y mitad del siglo VIII, tiempo que podría ser llamado “tiempo de decantación”, en el sentido que fue el tiempo necesario de asimilación de las enseñanzas eucarísticas de san Gregorio Magno y el paulatino asumir una unidad en la praxis celebrativa.

El Monacato Primitivo, en cambio, tanto en oriente como en occidente, reflejó una diversidad casi total en su vivencia eucarística, como veremos por los testimonios que nos han dejado las reglas monásticas y los escritos monásticos de este periodo. El aprecio por la eucaristía no se vivía a partir de una práctica común, pero, sin duda, este aprecio existía. No es posible, además, hablar de la

---

3 Cf. LAFONT, G., *L'Eucharistie dans la vie monastique*, en: *Collectanea Cisterciensia* 44, 1982, p. 4.

vivencia de la Eucaristía en el Monacato antiguo sin hacer referencia a lo que la misma Iglesia en su conjunto vivía como praxis eucarística.

No pretendo realizar un trabajo que sea un aporte nuevo, ni tampoco una investigación histórica exhaustiva, ya que grandes especialistas se han dedicado a este tema en el pasado, y sus trabajos son insuperables. Lo que pretendo en esta conferencia es, simplemente, volver a poner esta temática en el presente de nuestra reflexión, siempre con la finalidad de vivir y celebrar mejor nuestro encuentro con Cristo en la Eucaristía.

No he encontrado, hasta ahora, libros escritos sobre este tema en concreto. Existen, sin embargo, artículos de revistas o colecciones y capítulos de algunos libros sobre historia monástica. No es un tema sobre el que se escribiera mucho, ni en el Monacato Primitivo, ni tampoco en el Monacato actual. Otros temas como la espiritualidad, la organización comunitaria, la obediencia o la búsqueda de Dios, la Lectio Divina, la humildad, entre muchos otros, son los que ocupan hoy las secciones enteras de nuestras bibliotecas monásticas.

Así, pues, creo que sería mejor iniciar esta reflexión, partiendo del punto en el cual cesó, a mi juicio, el tema eucarístico del Monacato Primitivo: san Gregorio Magno y el *Libro de los Diálogos*.

## **1.- San Gregorio Magno y el *Libro de los Diálogos***

San Gregorio Magno escribe el *Libro de los Diálogos*, también llamado en muchos manuscritos *De Vita et Miraculis Patrum Italicorum et de aeternitate animarum*, entre los años 593 y 594. Hoy se puede decir con certeza que pocos libros gozaron de tanta popularidad durante la Edad Media como este libro, y que pocos también influyeron tanto en la cultura y en la literatura posterior. Y no sólo en occidente, sino en todo el orbe, pues ya desde el siglo VIII existió una versión griega de los *Diálogos*, que el mismo Papa Zacarías tradujo<sup>4</sup>.

Es cierto que existen testimonios anteriores a san Gregorio respecto a la Eucaristía diaria, pero forman parte de la gran diversidad de formas que

---

4 Cf. COLOMBÁS, G. M., *San Benito su Vida y su Regla*, Madrid, BAC, 1954, p. 135

adoptó la praxis eucarística en el Monacato Primitivo. Estos testimonios eran conocidos, pero no tuvieron la influencia que este libro tuvo, y la diversidad de manifestaciones en la praxis eucarística en el Monacato Primitivo se mantuvo. El gran impulso que recibió la Eucaristía diaria se debió a la difusión de este libro de san Gregorio Magno y a la influencia que ejerció no sólo en las iglesias locales, sino especialmente en el Monacato.

Los textos que hacen referencia a la Eucaristía diaria son fundamentalmente dos. Ambos pertenecen al libro IV de los *Diálogos*.

En el breve capítulo 58 de este libro cuarto, san Gregorio relata:

«Así, un varón de vida venerable, Casio, obispo de Narnia, que solía ofrecer a Dios el sacrificio diario de la misa y que durante el misterio mismo del sacrificio se mortificaba con abundantes lágrimas, recibió el siguiente mandato del Señor a través del sueño de un presbítero suyo: “Sigue haciendo lo que estás haciendo, sigue obrando como estás obrando. Que no se detenga tu pie, que no se detenga tu mano. Tú vendrás a mí el día natalicio de los apóstoles, y entonces yo te concederé la recompensa que mereces”. Y Casio, pasados siete años, justamente el día natalicio de los apóstoles, tras terminar la ceremonia solemne de la misa y tras recibir el misterio de la santa comunión, abandonó su cuerpo»<sup>5</sup>.

Y el segundo, es el conocido texto que dio origen a las Misas gregorianas, llamadas así en honor de san Gregorio mismo. En el capítulo 57 se relata la historia del monje Justo, a quien san Gregorio, siendo abad del monasterio del Celio, excomulgó por una falta, y hallándose Justo en este estado de excomunión, murió. San Gregorio, entonces, hace lo siguiente:

«Pero habiendo pasado ya treinta días desde su muerte, mi corazón empezó a compadecerse del hermano difunto y a pensar con profundo dolor en sus suplicios y a tratar de ver si pudiera haber alguna forma de sacarlo de aquello. Entonces llamando a mi presencia al mencionado Precioso, prior de nuestro monasterio, le dije, muy apesadumbrado:

---

5 SAN GREGORIO MAGNO. *Libro de los Diálogos* IV,58, en: GREGORIO MAGNO, *Vida de San Benito y otras historias de santos y demonios. Diálogos*, Madrid, Editorial Trotta, p. 272.

“Hace ya mucho tiempo que el hermano que murió se ve atormentado por el fuego. Debemos tener con él algo de caridad y ayudarle, en la medida en que podamos, a sacarlo de allí. Ve, pues, y desde el día de hoy y durante treinta días seguidos dedícate a ofrecer el sacrificio de la misa por él, de manera que no pase ni un solo día en el que no se ofrezca el sacrificio de la hostia salutífera por su perdón”. Él se retiró al punto, y obedeció. Estando ocupados nosotros en otros asuntos y sin llevar la cuenta de los días que habían pasado, una noche el hermano que había muerto se le apareció en sueños a su hermano Copioso. Éste, al verlo, le preguntó: “¿Qué hay, hermano?, ¿cómo estás?”. Y aquel le respondió: “Hasta este momento he estado mal, pero ahora ya estoy bien, pues hoy mismo he recibido la salvación”. Copioso, marchándose al instante, les reveló el sueño a los hermanos del monasterio. Los hermanos contaron cuidadosamente los días, comprobando que Justo se le había aparecido el mismo día en que se había completado la trigésima ofrenda eucarística ofrecida por él. Y como Copioso desconociera lo que los hermanos habían estado haciendo por Justo, y los hermanos ignorasen, a su vez, el sueño que Copioso había tenido de él, la coincidencia puso claramente de manifiesto que el hermano que había muerto se había librado del suplicio gracias a la hostia salutífera»<sup>6</sup>.

Esta historia del monje Justo está precedida, en este mismo capítulo, por otra historia similar, mucho menos conocida. Se trata de un venerable presbítero de Civitavecchia, párroco de la iglesia de San Juan. Éste, cada vez que tenía necesidad de baños termales, iba a *Aquae Tauri* y allí era asistido por un siervo en forma muy diligente, servicial y caritativa. Como esto sucedía con mucha frecuencia, quiso agradecerle su caridad llevándole la Comunión. Después de haber tomado los baños, quiso darle como regalo el Pan consagrado; pero el hombre, afligidísimo y muy triste, le respondió:

“¿Por qué me das esto, padre? Es Pan sagrado y yo no puedo comerlo. En efecto, yo, a quien ves delante de ti, fui en otro tiempo el dueño de este lugar, pero por mis culpas, fui asignado aquí tras mi muerte. Mas, si quieres ayudarme ofrece este Pan a Dios todopoderoso por mí, para interceder por mis pecados. Y entonces sabrás que has sido escuchado, cuando vengas a bañarte aquí y ya no me encuentres”<sup>7</sup>.

6 SAN GREGORIO MAGNO, *Libro de los Diálogos* IV,57,14-16, en: *Op. Cit.*, pp. 271-272.

7 SAN GREGORIO MAGNO. *Libro de los Diálogos* IV,57,6, en: *Op. Cit.*, p. 267.

El santo presbítero estuvo llorando por él y muy afligido, ofreció durante siete días seguidos por él la Hostia salutífera, y cuando volvió a los baños a los siete días, ya no lo encontró. Así, pues, además de llamar gregorianas a las 30 misas en días consecutivos, también debiéramos llamarlas así cuando se celebran por 7 días seguidos.

Estas historias emocionantes y piadosas son mucho más que eso. Son una verdadera doctrina sobre el valor redentor de la Eucaristía y su eficacia sobre la salvación para los difuntos. Pero como san Gregorio quiso escribirlas con esta forma simple del diálogo, se hicieron aún más populares y se difundieron como doctrina por todo el orbe cristiano. Como siempre, Gregorio, con su sabiduría pastoral supo hacer llegar a todos las verdades más profundas, con las palabras sencillas de historias simples. A partir de este texto, la praxis eucarística comienza su separación entre oriente y occidente<sup>8</sup>.

## 2.- La vivencia eucarística en la Iglesia Primitiva

La primera pregunta que surge es por qué contextualizar la vivencia eucarística monástica en el marco más general de la praxis eclesial de la Eucaristía. La respuesta obvia es porque el monacato es parte de la Iglesia y por tanto vive inserto en ella. Pero a esta simple respuesta creo que es necesario agregar algunos puntos de profundización.

Según la opinión de Dom Adalbert de Vogüé, el hecho de que la Eucaristía apenas se mencione en las Reglas antiguas se debe a que no es propiamente una temática sobre la que los autores de estas reglas monásticas les toque legislar, sino que es un bien de toda la Iglesia, y por tanto, corresponde a la jerarquía presidirla y regularla. Los legisladores monásticos nada tienen que agregar a ello y se adhieren a ella tal como está mandada por la jerarquía<sup>9</sup>.

Por lo tanto, según la opinión de De Vogüé, no se trata sólo de que el monacato es parte de la Iglesia, sino que el punto particular de la praxis eucarística

---

8 Dom Adalbert DE VOGÜÉ analiza más detalladamente este tema en su artículo *Eucharistie et vie monastique*, en *Collectanea Cisterciensia* 48, 1986, entre las pp. 125 y 128.

9 Cf. VOGÜÉ, A. DE, *La règle de Saint Benoît, Tome VII, Commentaire doctrinal et spirituel*, Paris, Les Éditions du Cerf, 1977, p. 245.

era vivido por los monjes antiguos de la misma manera en que la vivían los fieles, siendo la jerarquía de la Iglesia, presbíteros y obispos, quienes tenían a su cargo la legislación, o mejor dicho, la vivencia de esta praxis y su normativa. Por eso en la Reglas y escritos monásticos se menciona escasamente este tema, ya que para los monjes, que para nada veían en este hecho un menosprecio hacia la Eucaristía, se trataba de algo que simplemente no les competía normar.

Por otra parte, el periodo que nos ocupa, siglos IV al VI, es también el periodo en que los ritos de la Eucaristía se desarrollaron, llegándose a fijar las fórmulas eucológicas en los primeros sacramentarios en occidente y en las anáforas orientales. La vida monástica no pertenece a la historia primigenia de la Iglesia, sino al segundo periodo de la Iglesia antigua, cuando ya el mundo romano había iniciado su proceso de cristianización. No había martirio generado por persecuciones por parte del poder público, ni prohibición de reuniones de oración. Es un mundo en que ser cristiano es algo tolerado, e incluso apreciado.

En aquella primera época de la Iglesia, tener un libro con los textos eucológicos, además de ser algo económicamente costoso, era también una posible prueba en los procesos penales contra los cristianos. Las oraciones eucarísticas se conservaban en la memoria de quienes celebraban y no se comunicaban a quien no hubiera sido recibido en la Iglesia por el bautismo. El proceso de gestación de la Eucaristía en estos primeros siglos, con sus características celebrativas y con su desarrollo teológico, generó, en la época en que el monacato primitivo nació, un desarrollo mucho más fuerte, una reflexión mucho más profunda en la teología patristica y también los relatos más detallados de un *Ordo Missae*, es decir, una forma ritual concreta de celebrar la Misa. Es la época en que ya no es necesario celebrar en lugares escondidos, en casas privadas que hacían las veces de iglesias (*domus ecclesia*), sino que era posible ya construir edificios propios y apropiados para la celebración cristiana (*domus ecclesiae*).

Las características de la Eucaristía de estos siglos son las que pasarán también a la praxis eucarística del Monacato Primitivo.

En primer lugar, es una celebración comunitaria. Esta celebración estaba enmarcada en una convivencia-cena en la que participaban todos los fieles. Esta cena tenía siempre un carácter sacro. En las Iglesias locales más pequeñas, era una reunión en la que participaban todos, desde el obispo, con los presbíteros y diáconos, así como todos los fieles. Por eso Hipólito dice que el Domingo, el obispo

distribuya, si es posible por su propia mano, la comunión a todo el pueblo<sup>10</sup>. Esta presencia del obispo irá, poco a poco, siendo cada vez más difícil, en la medida en que las Iglesias locales crecen, por lo que el *fermentum* enviado a los presbíteros y sus comunidades que no podían participar en la misa dominical de la catedral, irá a manifestar en forma concreta esta unidad y comunión de toda la comunidad en torno al obispo y a la celebración dominical<sup>11</sup>. En el Monacato Primitivo tanto la Eucaristía dominical como la Comunión fuera de la Misa, tendrán esta impronta comunitaria, así como también, al menos en el monacato cenobítico, la comida que seguía a la Comunión.

En la Iglesia antigua, quizás producto de las persecuciones, era normal que los fieles llevaran a casa Pan Consagrado, para poder comulgar los días que no había celebración comunitaria<sup>12</sup>. Hipólito hace un llamado de atención a tener cuidado de tomar la Eucaristía antes de comer cualquier otro alimento<sup>13</sup>. Es decir, cuidar de mantener el ayuno eucarístico, como diríamos en términos actuales. Esto mismo es lo que san Benito dirá a propósito del lector semanero, como veremos más adelante.

La Iglesia Antigua vivió la Eucaristía también en un sentido bautismal. Hay que recordar que la unidad de los sacramentos de la iniciación cristiana está atestiguada abundantemente en la antigüedad. Por eso, además de la espiritualidad bautismal propiamente tal, hay que agregar la espiritualidad del sacramento de la Confirmación para entender este término en su cabalidad. Los monjes antiguos intentaron vivir la exigencia y radicalidad de esta espiritualidad bautismal, que incluía la vivencia eucarística.

Un último aspecto vivido por los monjes es el desarrollo de una tipología pascual de la Eucaristía, especialmente en relación a la celebración dominical. Ya desde el tiempo de los apóstoles, como se refleja en sus escritos, es claro que la muerte de Cristo ha cumplido el significado profético de la Pascua del *Éxodo*, y por tanto, esta última ya no tiene razón de ser. Con el desarrollo de la teología

---

10 Cf. HIPÓLITO, *La Tradición Apostólica*, 22, en: *Anàmnesis 3/2. La Liturgia, Eucaristia: teología e storia della celebrazione*, Roma, Marietti, 1994<sup>2</sup>, p. 26.

11 Cf. *Scienza Liturgica. Manuale di Liturgia. III. La Eucaristia*, Casale Monferrato, Piemme, 2003<sup>3</sup>, pp. 118 ss.

12 Cf. DE VOGÜÉ, A., *Eucharistie et vie monastique*, p. 121.

13 Cf. HIPÓLITO, *Op.Cit.*, 36-37, en *Scienza Liturgica*, p. 118.



patrística, la connotación pascual de la Eucaristía, como muerte y resurrección de Cristo, se afirmará cada vez más<sup>14</sup>. Este valor de la Eucaristía como Pascua no se limitará ya sólo a la Pascua anual, sino que se celebrará semanalmente el domingo, e incluso durante la semana. Esta celebración pascual semanal está atestiguada en forma magistral por san Justino:

“Y celebramos esta reunión general el día del sol, por ser el día primero, en que Dios, transformando las tinieblas y la materia, hizo el mundo, y el día también en que Jesucristo, nuestro Salvador, resucitó de entre los muertos; pues es de saber que le crucificaron el día antes del día de Saturno, y al siguiente al día de Saturno, que es el día del sol, aparecido a sus apóstoles y discípulos, nos enseñó estas mismas doctrinas que nosotros os exponemos para vuestro examen”<sup>15</sup>.

Los monjes antiguos, si bien no hay una norma común, generalmente celebraron el domingo como un día pascual, y muchos de ellos con la celebración eucarística en el propio monasterio.

Otros aspectos de la Eucaristía que fueron menos asumidos por los monjes, al menos explícitamente, fueron el aspecto sacrificial o místico, que los Padres, en cambio, sí desarrollaron.

Un último aspecto eclesial que hay que tener en cuenta, para no juzgar ciertas prácticas monásticas, que hoy serían tenidas como faltas, es el hecho de que el precepto dominical, es decir, la obligatoriedad de la asistencia a Misa el domingo, no estaba aún formulado como norma. Recién aparece formulado como norma local en un concilio español, el de Elvira (300-306), que en el canon 21 castiga a quien, estando en la ciudad, no vaya a la iglesia por tres domingos<sup>16</sup>. De esta norma a la del precepto dominical debe pasar aún mucho tiempo.

---

14 Cf. *Anàmnesis* 3/2, p. 37.

15 SAN JUSTINO, *Primera apología* 67,8, en: RUIZ BUENO, D., *Padres Apologetas Griegos. Edición bilingüe completa*, Madrid, BAC, 1996<sup>3</sup>, p. 259.

16 Cf. KIRCH, C., *Enchiridion Fontium Historiae Ecclesiasticae Antiquae*, Barcelona, Herder, 1947, p. 202.

### 3.- San Benito y la Regla del Maestro

Al iniciar el apartado sobre la Misa y la Comunión, en su comentario doctrinal a la *Regla* de san Benito, Dom Adalbert de Vogüé señala que para la mentalidad de los monjes de nuestro tiempo, habituados a considerar la Eucaristía como el culmen de su vida litúrgica cotidiana, es sumamente extraño el no encontrar referencia alguna sobre la Misa en el código litúrgico de la *Regla*. Continúa diciendo que, al compararla con otros Ordos litúrgicos de la antigüedad, esto no es nada extraño, pues muchas de las Reglas antiguas no contienen ninguna mención respecto a la Eucaristía o a la Comunión fuera de la Misa, y las pocas que mencionan el tema lo hacen, al igual que San Benito, casi marginalmente<sup>17</sup>.

De hecho, san Benito menciona en la *Regla* la Misa y la Comunión, no en el Ordo litúrgico, como cabría esperar, sino en otros pasajes de la *Regla* como el capítulo 38, “Del Lector Semanero”: “Éste, al entrar en su oficio (que empieza el domingo) pida a todos que oren por él, después de la Misa y Comunión, para que Dios aparte de él el espíritu de vanagloria” y “El monje lector de semana tomará un poco de vino con agua antes de empezar a leer, a causa de la sagrada Comunión y para que tal vez no le sea penoso soportar el ayuno”<sup>18</sup>; el capítulo 62, “De los Sacerdotes del Monasterio”: “Atienda siempre al lugar que le corresponde por su ingreso al monasterio, salvo en el ministerio del altar...”<sup>19</sup>; el capítulo 60, “De los sacerdotes que acaso quieren vivir en el Monasterio”: “Concédasele, sin embargo, colocarse después del abad, bendecir y celebrar la Misa, con tal, no obstante, de que se lo autorice el abad”<sup>20</sup>; el capítulo 63, “Del Orden en la Comunidad”: “Por tanto, según el orden que él asignare, o el que los mismos monjes tuvieren, así lléguese a la paz, a la Comunión, a entonar salmos y a colocarse en el coro”<sup>21</sup>; y finalmente el capítulo 59, “De los Hijos de Nobles o de Pobres que son Ofrecidos”: “y junto con la Oblación, envolverán la misma petición y la mano del niño con el mantel del altar”; y “Pero los que no poseen absolutamente nada, escriban simplemente la petición y ofrezcan a su hijo junto con la Oblación delante de testigos”<sup>22</sup>. Es

---

17 Cf. DE VOGÜÉ, A., *La Règle de Saint Benoît*, pp. 240 s.

18 RB 38,2 y10.

19 RB 62,5-6.

20 RB 60,4.

21 RB 63,4.

22 RB 59,2 y 8.

cierto que, además de estas breves menciones sobre la Misa y la Comunión, hay otras que son colaterales, como las menciones al Altar del oratorio: “y trazando el novicio una señal, deposítela con sus propias manos sobre el Altar”; “Pero no reciba aquella cédula que el abad tomó de encima del Altar”<sup>23</sup>.

Según De Vogüé, a partir de estos textos de la *Regla*, que siendo muy breves, no se condicen con la importancia del tema, parece seguro que en el Monasterio de san Benito había una celebración dominical de la Eucaristía, en el oratorio del Monasterio, como se desprende de RB 38,2. Pero también parece seguro que no existía una celebración cotidiana de la Eucaristía, como se desprende del horario, tan exactamente detallado por San Benito, que no contiene ni fija un tiempo para esta celebración<sup>24</sup>.

San Benito, según se desprende de los textos arriba mencionados, sí parece haber adoptado una práctica corriente en muchos monasterios de su época, y que como vimos también en el apartado sobre la vivencia en la Iglesia, se practicaba ya desde los tiempos de las persecuciones. Me refiero a la Comunión diaria fuera de la Misa. Ésta era una interpretación práctica de la petición diaria del Padrenuestro: “danos hoy nuestro pan de cada día”. Según De Vogüé, los fieles laicos practicaban esta Comunión fuera de la Misa como un rito privado. Recordemos el texto de Hipólito ya citado, que recuerda a los fieles comulgar antes de comer cualquier otra cosa. Este rito privado, en los monasterios como el del Maestro, y al parecer también en el de San Benito, era un rito comunitario, que se hacía en el oratorio del Monasterio, probablemente después del Oficio que precedía inmediatamente a la comida, la cual también revestía un carácter comunitario.

En la *Regla del Maestro* se describe la Comunión en los capítulos 21 y 22, en forma mucho más detallada de lo que lo hace san Benito. Se comulga en el Oratorio, bajo las dos especies, durante el Oficio inmediatamente anterior a la comida comunitaria, siendo la Comunión distribuida por el mismo abad, que es un laico, quien comulga en primer lugar. Estos capítulos tienen una especial preocupación por los semaneros de cocina, que son reemplazados unos momentos, para poder ir a comulgar al oratorio, después del abad y antes de la comunidad. Este rito de la Comunión fuera de la Misa era precedido por un rito de la paz y por

23 RB 58,20 y 29.

24 Cf. DE VOGÜÉ, A., *La Règle de Saint Benoît*, pp. 241 s.

momentos breves de oración antes y después de recibirla. El texto responde a la pregunta de los discípulos sobre cómo han de comulgar los semaneros de cocina y el mayordomo.

“Pues bien: cuando en el oratorio todos están de pie ante el abad para la Comunión, una vez que todos han recibido la paz y habiendo comulgado el abad, nadie debe aún comulgar después de él, sino que inmediatamente los prepósitos de aquellos hermanos semaneros, pedirán permiso para salir fuera, con el fin de traer a sus semaneros al oratorio para la Comunión, sustituyéndoles mientras tanto fuera”<sup>25</sup>. “Una vez que hubieren salido, entren seguidamente los semaneros después de lavarse las manos, oren unos instantes y después de la oración darán la paz sólo al abad; a él solo, pues de dársela a todos, se produciría un retraso en la comida de la comunidad”<sup>26</sup>. “Por tanto, después de una breve oración, se acercarán directamente a recibir la Comunión y a beber el Cáliz, y volviendo a orar brevemente, dirán el versículo en voz baja y el abad concluirá”<sup>27</sup>.

El Maestro describe un orden para la Comunión que no es al que estamos habituados en la *Regla* de san Benito. En vez de comulgar por orden conventual de ingreso en el monasterio, comulgan por orden los decanos, partiendo por el prepósito de turno, y después de cada uno de ellos su respectiva decanía. En este mismo orden se colocarán en el coro<sup>28</sup>.

“Después de comulgar el abad, comulgue el prepósito al que, por turno, le correspondiere estar junto al abad; le seguirá su decanía, uno a uno. Cuando hubieren acabado, comulgue otro prepósito, al que igualmente seguirá su decanía, uno a uno”<sup>29</sup>. “Pues en el oratorio, deben colocarse y así acercarse a comulgar, según se les ordene. Al hermano que se enorgulleciere a propósito de la Comunión y no quisiere comulgar,

---

25 RM 21,1-2. Para estas citas, utilizo la versión de Ildefonso M. Gómez, *Regla del Maestro-Regla de S. Benito. Edición sinóptica*. Colección Espiritualidad monástica, fuentes y estudios 18. Zamora, Ediciones Monte Casino, 1988.

26 RM 21,4-5.

27 RM 21,7.

28 Cf. RM 22,13-14.

29 RM 22,1-2.

déjesele y que se abstenga. Y cuando lo deseara, no se le permita comulgar”<sup>30</sup>.

El Maestro propone que la Misa dominical sea celebrada en la iglesia parroquial, probablemente porque no contaba con sacerdotes en el monasterio y él mismo era laico. Pero lo establece como en una nota marginal, al referirse al descanso en el día domingo.

“Incluso, después de la Misa en la iglesia, cada cual, según sus gustos o preferencias, leerá lo que quisiere, a su arbitrio”<sup>31</sup>.

En otros capítulos se refiere también a la Comunión, especialmente a las condiciones para recibirla. Al referirse, por ejemplo, a un monje que sale de viaje, en qué condiciones debe o no aceptar romper el ayuno, y cuándo debe esperar volver al oratorio para comulgar<sup>32</sup>. Y no sólo se refiere a los condicionantes corporales como el ayuno, sino también a los morales, por ejemplo los sueños o poluciones nocturnas, que impedirán al monje comulgar hasta el tercer día, después de haber confesado su falta<sup>33</sup>.

El Maestro trata el tema de la Misa y de la Comunión en forma mucho más abundante que san Benito. Detalla partes del ritual que san Benito apenas menciona, como el rito de la paz que antecede a la Comunión. Nada se dice en la *Regla* sobre salir a Misa a la iglesia parroquial, porque San Benito permite a los monjes sacerdotes celebrar la Misa, explicitando claramente que no es bueno para el monje salir del Monasterio. Llama ciertamente la atención que la Comunión la reciban bajo las dos especies, y nada se dice sobre cómo se guardaban las especies consagradas. Sobre este punto en particular, elaboraré una teoría en las conclusiones. En fin, entre la *Regla del Maestro* y la *Regla* de san Benito hay similitudes y diferencias, pero una misma y profunda fe en la Eucaristía.

---

30 RM 22,4-6.

31 RM 75 5. Usa el término *ecclesia* y no *oratorio*, que es el que designa el lugar de oración en el monasterio.

32 Cf. RM 61,14.

33 Cf. RM 80,7. A esto mismo se refiere san Basilio en la *Cuestión* 309 de las *Pequeñas Reglas*. Cf. SAN BASILIO, *Les Règles Monastiques*, Maredsous, Éd. de Maredsous, 1969, p. 343.

¿Cómo concluir este apartado, sin citar la descripción que hace san Gregorio en el segundo libro de los *Diálogos*, de la muerte de San Benito, reconfortado con la Comunión eucarística?:

“Y como la enfermedad se agravara de día en día, al sexto día, hizo que sus discípulos lo trasladaran al oratorio, y allí fortaleció su salida de este mundo tomando el Cuerpo y la Sangre de Cristo, y apoyando sus débiles miembros entre las manos de sus discípulos, se mantuvo en pie con las manos levantadas al cielo y en mitad de su oración exhaló su último aliento”<sup>34</sup>.

#### 4.- Testimonios sobre la Celebración Eucarística

Si bien no es lo más frecuente, sí existieron en el Monacato Primitivo corrientes monásticas que favorecieron la vivencia de la Misa diaria. La mayoría de los legisladores monásticos, sin embargo, prefirieron la herencia de la tradición de la Iglesia antigua, que celebraba la Eucaristía los domingos y en las fiestas de los santos. Esta situación especial de la fiestas de los santos está también presente en el Ordo Litúrgico de la *Regla*, que titula de la misma manera los capítulos 11 y 14: “Cómo han de celebrarse las Vigilias los domingos” y “Cómo han de celebrarse las Vigilias en los natalicios de los Santos”, haciendo expresa mención en el capítulo 14 de que se celebre como el domingo.

“En las festividades de los santos y en cualquier solemnidad, celébrese el Oficio como hemos dicho que se haga para el domingo”<sup>35</sup>.

Después de un primer momento, la Misa comenzó a celebrarse también otros días, los sábados o los viernes o incluso los miércoles<sup>36</sup>. San Agustín ya da cuenta de esta diversidad en su *Carta 54*, y autores como Desprez señalan que los monjes son con toda probabilidad, los primeros en asistir a estas misas cotidianas que el Santo de Hipona menciona<sup>37</sup>.

---

34 SAN GREGORIO MAGNO, *Libro de los Diálogos* II,37,2, en: *Op. Cit.*, p. 131.

35 RB 14,1.

36 Cf. DESPREZ, V., *Le Monachisme primitif. Des origines jusqu'au concile d'Éphèse*. Spiritualité Orientale 72. Abbaye de Bellefontaine, 1998, pp. 567 s.

37 Cf. DESPREZ, V., *Le Monachisme primitif*, p. 569.

“Hay otras prácticas que varían según los distintos lugares y países. Así, por ejemplo, unos ayunan el sábado y otros no. Unos comulgan cada día el Cuerpo y la Sangre del Señor, otros comulgan sólo en ciertos días. Unos no dejan pasar un día sin celebrar, otros celebran sólo el sábado y el domingo. Si se consideran estas prácticas y otras semejantes que pueden presentarse, todas son de libre celebración. En todo esto, la mejor disciplina para el cristiano es acomodarse al modo que viere observar en la iglesia en la que se encontrare. Pues lo que no va en contra de la fe ni contra las buenas costumbres, hay que tenerlo por indiferente y observarlo por solidaridad con aquellos entre quienes se vive”<sup>38</sup>.

Como sabemos, la mayoría de los monjes de la antigüedad no eran sacerdotes. La celebración de la eucaristía variaba según las circunstancias de cada comunidad o grupo de ermitaños. Así, por ejemplo, en las colonias semi-eremíticas del Bajo Egipto, Nitria y Escete, la Eucaristía se celebraba los sábados y domingos, a la que asistían los monjes. En la *Koinonía* pacomiana los monjes iban el sábado en la noche a la iglesia del pueblo y el domingo en la mañana los presbíteros venían a celebrar en la iglesia del monasterio<sup>39</sup>.

“El domingo, o cuando se haga la Oblación, estarán presentes todos los hebdomadarios, porque uno debe sentarse en el lugar del chantre y responder al que salmodia”<sup>40</sup>.

“Fuera del prepósito de casa y de los ancianos del monasterio que tengan algún título para desempeñar esta función, ninguno salmodiará los domingos y en la *synaxis* en la que se va a ofrecer la Oblación”<sup>41</sup>.

38 SAN AGUSTÍN, *Carta 54*. A las consultas de Jenaro. Capítulo 2. En: *Obras de San Agustín. Edición bilingüe. Tomo VIII. Cartas*, Madrid, BAC, 1958, pp. 309 y 311.

39 Cf. DESPREZ, V., *Le Monachisme primitif*, pp. 567 s.

40 PACOMIO, *Preceptos*, 15, en: DESEILLE, P., *El espíritu del Monacato Pacomiano*. Colección Espiritualidad Monástica 19. Burgos, Monasterio de Las Huelgas, 1986. p. 13. La versión en castellano no corresponde numéricamente a su original francés, por lo que en vez de *Preceptos* 15, aparece como *Preceptos* 14. Lo mismo ocurre en las otras citas.

41 PACOMIO, *Preceptos* 16, en DESEILLE, P., *El espíritu del Monacato Pacomiano. Preceptos*, 17, p. 14.

“Al que salga de la *synaxis* en la que se ofrece la Oblación, sin el permiso del superior, se le reprenderá al momento”<sup>42</sup>.

Otros ermitaños que vivían más alejados de las colonias eremíticas o de los centros poblados, participaban mucho menos de la eucaristía. En parte, este problema era solucionado por sacerdotes itinerantes, que ejercían este especial ministerio para los ermitaños. Para ilustrar este servicio, cito la historia del eremita Maris, relatada por Teodoreto de Ciro:

“Como desde hacía mucho tiempo deseaba participar del místico y espiritual sacrificio, me pidió que le hiciese en el lugar (una cabaña cerca de la aldea Omero) la ofrenda del don divino. Yo accedí de buen grado, pues no estaba muy lejos, y me hice llevar los vasos sagrados, me serví como altar de las manos de los diáconos y ofrecí allí el místico y divino sacrificio de salvación. Él, lleno de alegría espiritual, creyó ver el cielo mismo y manifestaba que jamás había experimentado una alegría semejante”<sup>43</sup>.

En algunos casos, los ermitaños, ordenados sacerdotes, pudieron mantener su vida solitaria, y sólo en ocasiones particulares asistían a la Misa del Obispo y del resto del presbiterio. En este sentido, la historia del monje Macedonio es especialmente ilustrativa, y casi divertida. Es hermoso cómo denomina al domingo y a la celebración eucarística dominical: el Día de la Fiesta del Señor, los Sagrados Misterios y la Fiesta Litúrgica.

“Cuando el gran Flaviano fue consagrado pastor del gran rebaño de Dios y tuvo conocimiento de la virtud de aquel hombre (Macedonio) –pues se transmitían por todas partes de boca en boca sus elogios– le hizo venir de la cumbre del monte con el pretexto de que se había presentado una acusación contra él. Mientras se celebraban los sagrados misterios, lo condujo hasta el altar y lo incluyó entre los sacerdotes. Cuando terminó la liturgia y alguien le explicó lo que había ocurrido (la ordenación sacerdotal), pues no se había enterado de nada, primero se

---

42 PACOMIO, *Preceptos* 18, en DESEILLE, P., *El espíritu del Monacato Pacomiano. Preceptos*, 19, p. 14.

43 TEODORETO DE CIRO, *Historias de los Monjes de Siria*, 20,4, Madrid, Editorial Trotta, 2008. p. 147.



enfadó y lanzó improperios contra todos; después comenzó a perseguir al obispo y a todos los que le rodeaban con el bastón en que se apoyaba para caminar por culpa de su vejez. Y es que pensaba que la ordenación le iba a apartar de la cumbre de su montaña y de la forma de vida que allí llevaba con gusto. Con mucha dificultad algunos amigos lograron calmar su enojo en aquella ocasión, pero, cuando al cabo de la semana llegó el día de la fiesta del Señor, el gran Flaviano lo mandó llamar, invitándole a participar con todos los demás en la fiesta litúrgica. ¿No os basta –les dijo– con lo que ya me habéis hecho que queréis hacerme presbítero de nuevo? Aunque se le dijo que no era posible impartir dos veces la misma ordenación, él no cedió y no acudió, hasta que el tiempo y los amigos lograron convencerle”<sup>44</sup>.

En las comunidades cenobíticas, no siempre la Misa dominical está regulada en el horario, como sabemos que ocurrió en el caso de san Benito y su *Regla*. En las reglas de Aureliano de Arlés, por ejemplo, queda a juicio del abad o la abadesa el determinar qué días debe ser celebrada la Misa, proponiendo una comunión después de Tercia los días domingo y las festividades, por lo que no siempre esos días tenían la celebración de la Eucaristía<sup>45</sup>.

Por último, cabe recordar que la Comunión no necesariamente acompañaba la celebración de la Misa. Por eso muchas reglas y escritos monásticos hablan de Misa y Comunión, no sólo porque la Comunión podía recibirse fuera de la Misa, sino porque incluso celebrando la Misa podía no recibirse la Comunión. Ya he mostrado algunos casos previstos en la *Regla del Maestro* y en la de san Basilio. Algunos, como señala Desprez, también se abstendían por conciencia de su indignidad, comulgando sólo una vez al año, práctica que Casiano reprueba<sup>46</sup>. Entre estos casos de indignidad, el más extremo es el de *Abba Matoes* y su hermano, que habiendo sido ordenados sacerdotes, nunca celebraron la Misa, por considerarse en culpa.

44 TEODORETO DE CIRO, *Historias de los Monjes de Siria*, 13,4, en: *Op. Cit.*, pp. 122 s.

45 Cf. AURELIANO DE ARLÉS, *Regula ad Monachos*, PL 68,396B y *Regula ad Virgines*, PL 68,406B: “Post tertiam vero, Pater noster dicite, et psallendo omnes communicent. Sic et in festivitibus facite. Missae vero quando sancto abbati (sanctae abbatissae) visum fuerit tunc fient” [“Después de Tercia digan el Padre nuestro, y habiendo salmodiado, todos comulguen. Así también háganlo en las festividades. Pero las Misas se celebrarán cuando el santo abad (o la santa abadesa) lo juzgue oportuno”].

46 Cf. DESPREZ, V., *Le Monachisme Primitif*, p. 570.

«Fue una vez *abba* Matoes desde Raithu a la región de Magdolos. Estaba con él su hermano. El obispo se apoderó del anciano y lo ordenó presbítero. Cuando estaban comiendo juntos, dijo el obispo: “Perdóname, *abba*, sabía que no deseabas esto, pero me animé a hacerlo para recibir tu bendición”. El anciano, con humildad le dijo: “Es verdad, mi alma no quería, pero lo que más siento es que debo separarme de mi hermano. No puedo llevar solo esto de hacer todas las oraciones”. El obispo le dijo: “Si sabes que es digno, yo lo ordeno”. Le contestó *abba* Matoes: “No sé si es digno; pero esto sólo sé: que es mejor que yo”. Lo ordenó a él también. Y murieron ambos sin acercarse al santuario para hacer la Oblación (Misa). Decía el anciano: “Confío en Dios, que no tendré un juicio grave por la ordenación, pues no hago la Oblación. Pues la ordenación es para los que no tienen culpa”»<sup>47</sup>.

## 5.- Testimonios sobre la recepción de la Comunión fuera de la Misa

Hay muchos testimonios en los escritos monásticos antiguos sobre la recepción de la Comunión fuera de la Misa. El más famoso, y que todos los autores siempre citan, es la *Carta* 93 de san Basilio, dirigida a la patricia Cesárea, sobre la Comunión. En ella da detalles de su propia experiencia en el monasterio, tanto en la asiduidad de la recepción (cuatro veces a la semana, más las fiestas de los santos), así como en la forma concreta de recibirla (por propia mano). También da algunos datos sobre los monjes anacoretas del desierto, poniéndolos en relación con las tradiciones de su Iglesia local.

“Nosotros ciertamente, comulgamos cuatro veces a la semana: el domingo, la feria cuarta (miércoles), la parascève (viernes) y el sábado, y otros días si es la conmemoración de algún santo. Y el que alguno se vea forzado en tiempo de persecución a recibir la Comunión con su propia mano, no estando presente el sacerdote o el ministro, es superfluo el mostrar que de ninguna manera es grave, pues lo confirma con su práctica una larga costumbre. Porque todos los monjes que viven en los desiertos, donde no hay sacerdote, conservando la Comunión en casa, la reciben por sí mismos. En Alejandría y Egipto, cada uno, incluso los

---

47 *Los Dichos de los Padres del Desierto. Colección alfabética de los Apotegmas*; De Elizalde, M. (ed.), Buenos Aires, Ediciones Paulinas, 1986. *Abba* Matoes 521, p. 159.

seglares, comúnmente tiene la Comunión en su casa y comulga por sí mismo cuando quiere<sup>48</sup>.

Otro texto interesante de san Basilio es la *Cuestión 172* de las *Pequeñas Reglas*, que trata el tema de la disposición interior para recibir la Comunión.

“Con qué temor o con qué entera persuasión o con qué afecto debemos recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo”. Y citando numerosos textos bíblicos, concluye diciendo: “El que participa del Pan y del Cáliz debe tener tal disposición y preparación<sup>49</sup>”.

En la *Cuestión 310* de las *Pequeñas Reglas*, se pregunta si conviene celebrar en una casa ordinaria la Oblación. La respuesta es que así como no debemos comer una cena ordinaria en la iglesia, tampoco debemos mancillar la cena del Señor en una casa ordinaria<sup>50</sup>. San Basilio tiene también otros pasajes sobre la Comunión, y aunque no dan testimonio directo sobre la vida monástica, demuestran que trató el tema muchas veces<sup>51</sup>.

San Jerónimo en su prefacio de la traducción latina de las obras pacomianas, menciona la Comunión, siendo esta, posiblemente, la primera mención en ámbito latino de este hecho. Es de hacer notar, que este orden conventual pacomiano es el que san Benito aplica en su *Regla*, y no el de la *Regla del Maestro*, como vimos más arriba.

“Más cualquiera que entra primero en un monasterio, se sienta el primero, va delante el primero, recita el salmo el primero, extiende en la mesa la mano el primero, comulga el primero en la iglesia, y no se prefiere entre ellos la edad, sino la antigüedad de la profesión<sup>52</sup>”.

48 SAN BASILIO, *Carta 93* de la 2º serie, en: SOLANO, J., *Textos Eucarísticos Primitivos I. Hasta fines del siglo IV*, Madrid, BAC, 1978<sup>2</sup>. pp. 405 s.

49 SAN BASILIO, *Pequeñas Reglas, Cuestión 172*, en: SOLANO, J., *Textos Eucarísticos Primitivos*, pp. 401 s.

50 Cf. SAN BASILIO, *Pequeñas Reglas, Cuestión 310*, en: SAN BASILIO, *Les Règles Monastiques*, p. 344.

51 Entre otros, *Reglas Morales 21*, en: SOLANO, J., *Textos Eucarísticos Primitivos*, p. 400.

52 SAN JERÓNIMO, *Prefacio a las obras pacomianas en latín, 2*, en: SAN JERÓNIMO, *Obras Completas II. Comentario a Mateo y otros escritos. Edición Bilingüe*, Madrid, BAC, 2002, p. 537.

Casiano es otro de los testigos privilegiados que siempre se cita para el tema de la Comunión fuera de la Misa. En primer lugar, hay que señalar que este rito de Comunión cotidiana fuera de la Misa, explicaría algunas aparentes contradicciones en los textos monásticos de Casiano, que hablan tanto de una Comunión diaria, como de una Comunión semanal o bisemanal.

A propósito de la Comunión dominical, en contra de aquellos monjes que por considerarse indignos, comulgan sólo una vez al año, expresa el valor sanador de la Eucaristía<sup>53</sup>:

“Mucho más razonable es recibir los Sagrados Misterios cada domingo como remedio a nuestras dolencias, con humilde corazón, creyendo y confesando que no merecemos tamaño beneficio”<sup>54</sup>.

También da testimonio de esta Comunión dominical en las *Instituciones*, en las que por primera vez se alude a la sustitución de algunos Oficios por este rito de Comunión dominical (o tal vez Misa).

“Pero tampoco hay que ignorar que el domingo no se celebra más que un solo oficio antes de almuerzo. En él, por reverencia a la misma asamblea y a la Comunión dominical, se aplican con más solemnidad y fervor los salmos, oraciones y lecturas, y estiman que con ello también han cumplido al mismo tiempo Tercia y Sexta”<sup>55</sup>.

Y a propósito de la Comunión diaria da testimonio tanto en las *Instituciones* como en las *Colaciones*:

“¡Con cuánta mayor pureza convendrá guardar nuestro cuerpo y nuestra alma quienes debemos recibir a diario la Carne Sacrosanta del Cordero!”<sup>56</sup>.

---

53 De aquellos que sólo quieren comulgar una vez al año, dice que caen en una arrogancia mucho mayor, ya que al cabo de un año se creen dignos de la Comunión. Cf. CASIANO, *Colaciones* 13,21, en: CASIANO, J., *Colaciones II*, Madrid, Rialp, 1998<sup>2</sup>, p. 426.

54 CASIANO, *Colaciones* 13,21, en: CASIANO, J., *Colaciones II*, p. 426.

55 CASIANO, *Instituciones* 3,11, en: CASIANO, *Instituciones Cenobíticas. Volumen I. Prefacio y Libros I-IV*, Buenos Aires, ECUAM, 1995. p. 53.

56 CASIANO, *Instituciones* 6,8, en: CASIANO, J., *Instituciones*, Madrid, Rialp, 1957. p. 242.

«A continuación decimos: “Danos hoy el pan nuestro sobrestancial”, que según otro evangelista, es: “Nuestro pan de cada día”... La palabra “cotidiano” indica que sin pan nos es imposible vivir un solo día en la vida sobrenatural. En cuanto al término “hoy”, muestra que debemos alimentarnos con él diariamente, y que no será suficiente haberlo recibido ayer si no se nos da igualmente hoy. Que la necesidad cotidiana que de él tenemos nos advierta que debemos hacer en todo tiempo esta plegaria. Porque no hay día en que este pan no nos sea necesario para afianzarnos en nuestro hombre interior»<sup>57</sup>.

“Como si quisiéramos saber de qué modo nuestros padres estuvieron todos bajo una nube y fueron bautizados por Moisés en el mar, y cómo todos comieron el mismo pan y bebieron de la misma bebida espiritual que brotaba de la piedra, que era Cristo. Esta exposición significa por alegoría que aquella historia es figura del Cuerpo y Sangre de Cristo, que recibimos cada día”<sup>58</sup>.

Casiano describe en las *Colaciones* el acto de penitencia de Pafnucio, que se humillaba en la puerta de la iglesia, sin entrar, ni recibir la Comunión, el sábado y el domingo, a pesar de ser inocente de la culpa por la que se postraba en tierra. Es este también el gesto de penitencia que san Benito propone para los excomulgados, permanecer postrado a la puerta del oratorio. Se trata esta vez de una Comunión bisemanal, atestiguada también en las *Instituciones*.

“Hasta el punto de que el sábado y el domingo iba a la iglesia muy de madrugada, no para recibir la sagrada Comunión, sino para prosternarse en la puerta e implorar perdón”<sup>59</sup>.

“Por ello, fuera de las reuniones de la tarde y de la noche, no se hace entre ellos ninguna celebración pública durante el día, con excepción de los sábados y domingos, en que se reúnen a la hora de Tercia para recibir la Sagrada Comunión”<sup>60</sup>.

57 CASIANO, *Colaciones* 9,21, en: CASIANO, J., *Colaciones I*, Madrid, Rialp, 1998<sup>2</sup>, pp. 439 s.

58 CASIANO, *Colaciones* 14,8, en: CASIANO, J., *Colaciones II*, p. 97.

59 CASIANO, *Colaciones* 18,15, en: CASIANO, J., *Colaciones II*, p. 241.

60 CASIANO, *Instituciones* 3,2. En: CASIANO, J., *Instituciones Cenobíticas*, p. 42.

Lamentablemente entre los monjes hubo también desviaciones morales o heréticas respecto a la Eucaristía. En la *Historia Lausiaca* se relata el caso del monje Valens, quien, inflado de orgullo y presunción, despreciaba incluso la Comunión de los Misterios, y llegó a tal punto de demencia que, entrando en la iglesia, donde los hermanos se habían reunido, dijo que no tenía necesidad de la Comunión, puesto que había visto a Cristo ese mismo día, cuando en realidad se trataba del anticristo<sup>61</sup>.

En muchos casos, la separación del mundo degeneró en ruptura con la Iglesia, debido a sus compromisos con la sociedad. Así los monjes que adhirieron a herejías tales como los Eustacianos o los Mesalianos, consideraban los sacramentos como algo sin valor; o bien los Pelagianos que no les atribuían la capacidad de transformarlos por la gracia sacramental. En el otro extremo, a los Priscilianos se les prohibió en el Concilio de Zaragoza llevarse con ellos la Eucaristía, pues había grave riesgo de profanación por el uso mágico que hacían de ella<sup>62</sup>.

Así como hubo casos de abuso o menosprecio de la Eucaristía, hubo también, por el contrario, casos de una mística muy elevada. En la misma *Historia Lausiaca*, Paladio nos relata el caso de san Macario, que era presbítero, el cual, en el momento en que debía distribuir la Comunión, se da cuenta que nunca le ha dado la comunión al asceta Marcos, y ve entonces que la recibe por manos de un ángel, que la toma del altar y se la lleva. De este ángel no pudo ver más que la mano<sup>63</sup>.

## 6.- Conclusión

El tema de la Eucaristía, si bien hay muchos testimonios, no es un tema desarrollado con amplitud en las Reglas y los escritos monásticos antiguos. El porcentaje de menciones sobre la Eucaristía y la Comunión en relación con otros temas que estos escritos tocan, es muy bajo. Es una temática que los legisladores o escritores monásticos dejaron a la Iglesia, tanto en su desarrollo eucológico-

---

61 Cf. PALADIO, *Histoire Lausiaque*. Spiritualité orientale 75. Bégrolles-en-Mauges, Abbaye de Bellefontaine, 1999; 25,2. 5, pp. 134 s.

62 Cf. DESPREZ, V., *Le Monachisme Primitif*, p. 572.

63 Cf. PALADIO, *Histoire Lausiaque* 18,25, p. 113.

ritual, como en el teológico. Por eso en muchas Reglas, como la de san Benito, por ejemplo, aparece siempre como tema colateral, dentro de otro tema principal.

Por otra parte, siempre el Monacato antiguo vivió esta temática eucarística en relación profunda con la Iglesia local. No fueron pocas las comunidades que incluso asistían a la Misa dominical con la comunidad parroquial o diocesana. Muchos monasterios o colonias de ermitaños que carecían de presbíteros, dependían de los ministros de la Iglesia local para la celebración de la Eucaristía. Además, siguiendo la práctica común de la Iglesia, había un rito de Comunión fuera de la Misa, que, según la región o la comunidad concreta que lo celebraba, variaba desde la recepción diaria a la recepción semanal de los Sagrados Misterios.

Esta múltiple variedad de formas en que se celebró la Eucaristía o se recibió la Comunión fuera de la Misa, es característico de todo el monacato antiguo, tanto en oriente como en occidente. Este período multiforme acaba con la publicación del libro de los *Diálogos*, de San Gregorio Magno, a fines del siglo VI. Desde este momento, el monacato occidental comienza un período en que paulatinamente irá llegando a una celebración cotidiana de la Misa y de la recepción de la Comunión, separándose de la praxis de Oriente. El final de este período intermedio o de asimilación de las doctrinas gregorianas, acabará a mediados del siglo VIII, en que la uniformidad de la praxis y doctrina eucarística llegará a su plenitud en los monasterios de occidente.

En el monacato antiguo la Comunión fuera de la Misa fue una práctica bastante extendida. Esta Comunión, como consta en algunos de los testimonios que he mencionado, era bajo ambas especies, es decir, Cuerpo y Sangre. ¿Cómo explicar esta situación, especialmente en relación con el Cáliz? Una posible teoría explicativa sería relacionarlo con la Comunión fuera de la Misa que hasta hoy se celebra en las Iglesias bizantinas, especialmente en Cuaresma, en que junto al oficio de Vísperas, se celebra la liturgia de Presantificados. Hay que tener presente que en los distintos Ritos Litúrgicos, las prácticas rituales más antiguas se han conservado en el tiempo de Cuaresma y del Triduo Pascual. En esta celebración de Presantificados que he mencionado, se comulga bajo ambas especies. La reserva eucarística se hace con el Cuerpo, sobre el cual se rocía la Sangre con una cucharilla. Después, en el momento de la Comunión, se prepara un nuevo cáliz con vino y agua, y se hace la inmisión con el Cuerpo untado de la Sangre de Cristo. Y con ambos se comulga. Podría haber sido una de las formas en que se hizo en el Monacato antiguo el rito de la Comunión fuera de la Misa.

He mencionado numerosas fuentes, pero quedaron muchas que no me fue posible mencionar, y que, sin embargo, son fuentes primordiales del Monacato. La razón principal es que no tuve la posibilidad real de tener el texto original para corroborar las citas que proponían los autores de las diferentes publicaciones consultadas.

Por otra parte, me he limitado en estas páginas a mostrar la praxis eucarística de los monjes antiguos. Hay que señalar que hubo también doctrina eucarística, es decir, principios de elaboración teológica, pero en este trabajo tuve que optar por continuar en una sola vía de desarrollo. Por ejemplo, es interesante cómo se plantea, en este sentido, la eucaristía como alimento para la lucha espiritual de los monjes contra las pasiones y vicios, e incluso contra los demonios<sup>64</sup>. Pero como dije, es algo en lo que no pude profundizar en esta conferencia. Queda como desafío para otro en el futuro.

Finalmente, reiterar que a pesar de las numerosas formas en que los monjes antiguos vivieron su relación con la Eucaristía, ésta fue parte importante de sus vidas, y lo que en la práctica parecía diverso, lo igualaba la profunda e idéntica fe con que cada uno de ellos la vivió.

*Abadía de la Ssma. Trinidad  
Casilla 27021. Santiago 27. Chile*

---

64 Baste citar el *Apotegma* de *Abba Pastor* que dice: «Está escrito: “Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así mi alma te desea a ti, Dios mío. En efecto, los ciervos en el desierto engullen muchos reptiles, y como el veneno los quema, desean ir a beber a las fuentes para refrescar el ardor del veneno de las serpientes. Del mismo modo, los monjes que permanecen en el desierto son abrasados por los demonios malvados, y suspiran por el sábado y el domingo, para ir a las fuentes de las aguas, es decir, el Cuerpo y la Sangre del Señor, para purificarse de la amargura del maligno”», en: *Los dichos de los Padres del desierto*, p. 185.